

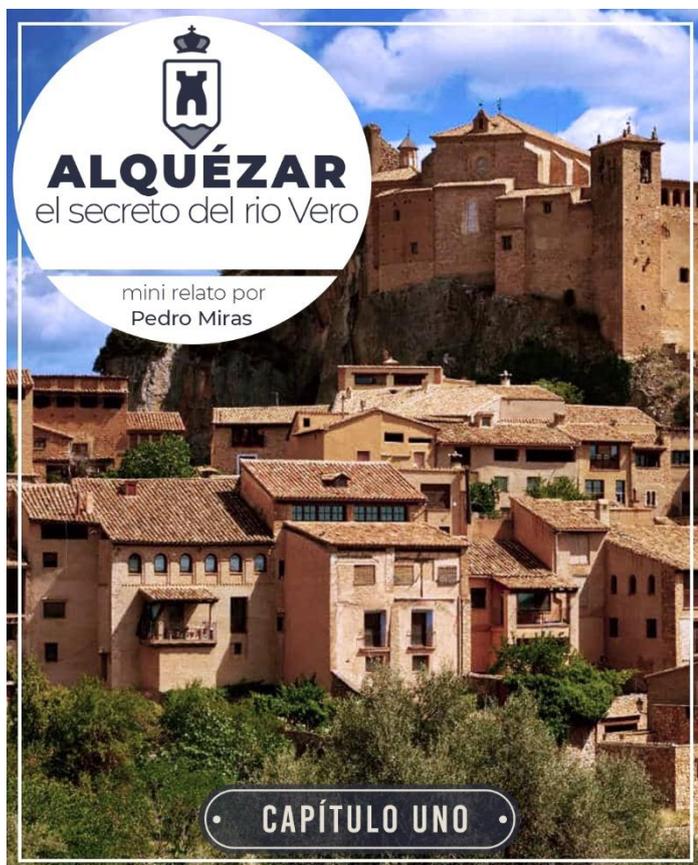


ALQUÉZAR

el secreto del río Vero

mini relato por
Pedro Miras





Bajo la Sombra del Castillo

El asfalto ardiente de Madrid se había convertido en una prisión para Ana y Juan. El ruido incesante, la prisa constante, la sensación de estar atrapados en un engranaje implacable... Todo les empujaba hacia un camino diferente. Y lo encontraron en Alquézar, un pueblo colgado en las montañas de Huesca, donde el tiempo parecía fluir a otro ritmo.

Al llegar, el aire fresco les lavó los pulmones. El sol, más brillante y

generoso, doraba las piedras de las casas centenarias. Alquézar, con sus apenas 338 almas, era un remanso de paz que les prometía un nuevo comienzo. Dejaron atrás el apartamento de Madrid, su trabajo en la agencia de publicidad y ese ritmo frenético que les había robado la alegría.

Se instalaron en una pequeña casa con vistas a las montañas. Ana, pintora de oficio y corazón, encontró la inspiración en los paisajes agrestes y la luz cambiante. Juan, escritor y soñador, pasaba horas en silencio, dejando que la tranquilidad del entorno le susurrara historias al oído.

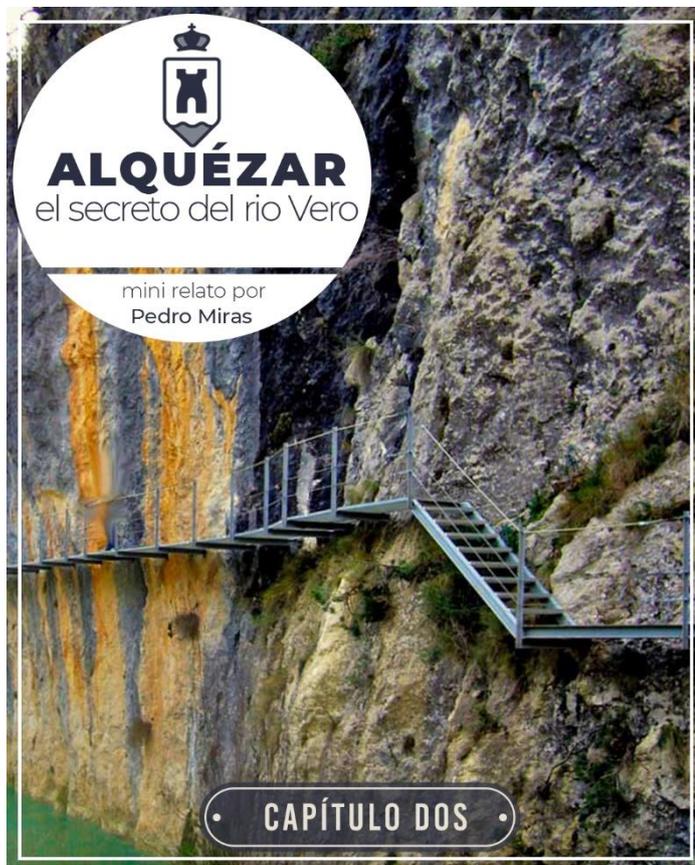
Poco a poco, empezaron a conocer a los vecinos. En la panadería, la señora Pilar les contaba las leyendas del pueblo; en el bar, Pepe el camarero les presentaba a los parroquianos. Pero un tema, siempre susurrado con cautela, aparecía en las conversaciones: las desapariciones en las Pasarelas del Vero.

Las Pasarelas del Vero eran una ruta turística que serpenteaba por las gargantas, un laberinto de acero y madera suspendido sobre el río. Era un lugar de belleza sobrecogedora, pero últimamente, la gente desaparecía allí sin dejar rastro.

"No se atreven a hablar alto, pero todos sabemos que algo raro pasa," les dijo una tarde Doña Carmen, la anciana mayor del pueblo, con una mirada cargada de temor. "Antes eran excursionistas perdidos, pero ahora... ahora son vecinos, gente del pueblo. Y todos fueron vistos por última vez cerca de las Pasarelas."

La mirada de Ana se llenó de curiosidad. "Pero, ¿qué puede estar pasando?"

Doña Carmen se acercó a ellos, como si estuviera compartiendo un secreto ancestral. "Dicen... dicen que es el señor del castillo."



El Castillo

El castillo medieval, en lo alto del pueblo, coronaba Alquézar con su imponente presencia. Era un lugar envuelto en misterio que nadie visitaba. Había sido restaurado hacía poco y ahora lo habitaba un hombre desconocido, un extranjero de tez pálida y mirada fría.

"Un extranjero," repitió Juan, las palabras pesando como plomo en su lengua.

"Sí, un señor que llegó de la noche a la mañana," respondió Doña

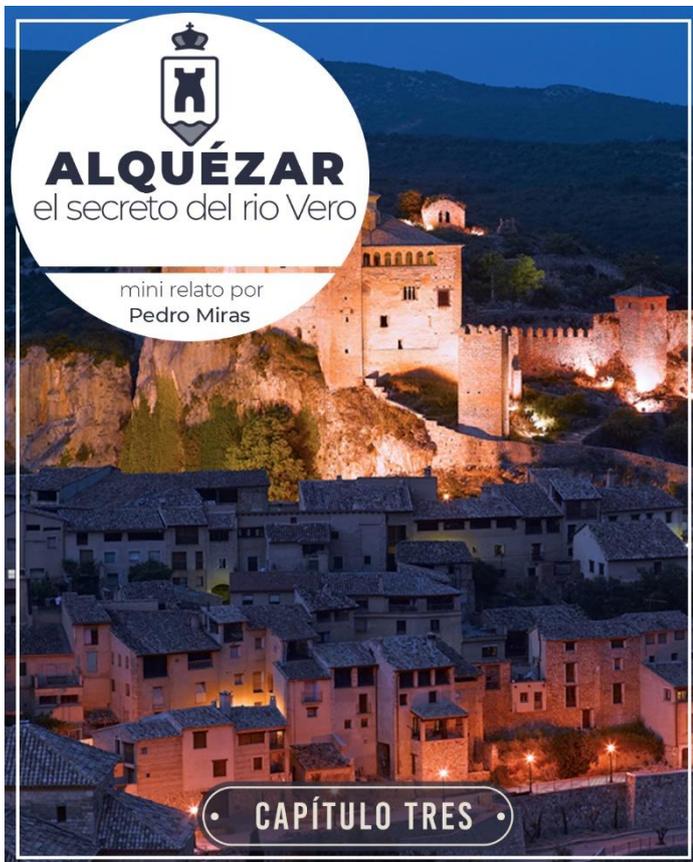
Carmen, bajando la voz hasta convertirla en un susurro apenas perceptible. "Dicen que es un hombre poderoso, que tiene oscuros intereses. Y que él es quien está detrás de las desapariciones."

El eco de las palabras de la anciana se quedó suspendido en el aire, un murmullo inquietante que se coló en los pensamientos de Ana y Juan como niebla en un valle. Alquézar, que había parecido tan apacible bajo el sol dorado, ahora proyectaba sombras más largas.

El instinto de Juan le llevó a la biblioteca del pueblo, donde el polvo cubría legajos y libros olvidados. El olor a papel antiguo llenaba la sala mientras hojeaba manuscritos amarillentos. Su investigación lo condujo a leyendas de un antiguo señor feudal, un hombre cuya crueldad no tenía límites y que practicaba artes oscuras. Se decía que había sellado un pacto con fuerzas salidas del profundo infierno y más allá de la comprensión humana. Lo llamaban el "Sombrío de Alquézar".

Juan no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la columna. ¿Era el actual residente del castillo un eco de ese pasado siniestro? ¿O quizá... un heredero de esa oscuridad?

Mientras tanto, Ana luchaba contra sus propios demonios. No creía en leyendas ni fantasmas, pero la angustia palpable de los vecinos, el peso del miedo en cada mirada, comenzaban a minar su escepticismo. Se preguntó cuánto de la verdad podía estar enterrado bajo siglos de susurros y cuentos deformados por el tiempo.



Las huellas

Una noche, mientras el viento aullaba entre las piedras del pueblo y las sombras del castillo se proyectaban como garras sobre las calles, Ana y Juan decidieron aventurarse a las Pasarelas del Vero. La luna apenas iluminaba el camino y el crujir de sus pasos sobre la madera sonaba como un tambor resonando en la penumbra.

El aire era denso, impregnado de una tensión eléctrica. A medida que avanzaban, la sensación de ser observados se hizo más fuerte,

como si cientos de ojos invisibles los siguieran desde las sombras. Juan sintió el peso invisible de una mirada que le calaba hasta los huesos.

De pronto, un sonido apagado, un quejido apenas audible, heló la sangre en sus venas. Se detuvieron, sus corazones latiendo con una fuerza que casi podía oírse.

"¿Lo has oído?" susurró Ana.

Juan asintió, incapaz de encontrar las palabras. Guiados por el instinto, se desviaron hacia un claro oculto por la maleza. Lo que encontraron allí les robó el aliento: una puerta de madera, apenas visible entre las rocas, con una cerradura oxidada que parecía resistirse al tiempo mismo.

"Esto no debería estar aquí," murmuró Juan.

Ana, con la mirada firme, apoyó las manos sobre la cerradura. La madera estaba fría, como si absorbiera el calor de sus dedos. Algo en su interior le decía que habían cruzado una línea, pero el anhelo de verdad ardía más fuerte que el miedo.

Forcejearon juntos. La cerradura cedió con un gemido que pareció llenar el bosque, como si despertara algo antiguo. La puerta se abrió lentamente, revelando una escalera que descendía hacia la oscuridad.

Se miraron a los ojos, una mezcla de temor y valentía reflejada en ambos. Sin una palabra más, Ana dio el primer paso, y Juan la siguió, el eco de sus pisadas perdiéndose en las entrañas de la tierra mientras el abismo los reclamaba.

El aire en el túnel era espeso y cargado de una humedad opresiva. A cada paso que daban, la luz que se filtraba desde la puerta quedaba más lejana, hasta que solo la tenue claridad de una linterna que Ana había traído iluminaba las paredes de roca. En ellas, se adivinaban símbolos tallados con mano temblorosa, líneas entrelazadas que parecían representar ojos desorbitados y figuras humanas atrapadas por sombras serpentinas.

"¿Qué es todo esto?" susurró Ana, su voz reverberando en el espacio angosto.

Juan tocó las marcas con la punta de los dedos, notando la aspereza de las tallas y algo más, una energía casi tangible. "Son advertencias", dijo, como si las palabras brotaran de un rincón olvidado de su memoria. "Símbolos para mantener alejados a los curiosos."

Más adelante, un sonido sibilante les puso en alerta. Se miraron, sabiendo que no estaban solos en ese lugar subterráneo. Siguieron avanzando con cautela, hasta que la estrechez del pasadizo se abrió en una cámara más amplia. Allí, las paredes estaban cubiertas de antiguos frescos. Las imágenes, desgastadas por los siglos, mostraban escenas de sacrificios bajo la luna llena, figuras encapuchadas en procesiones oscuras y un hombre con una máscara de hierro, imponente y despiadado, que parecía dominar a la multitud con solo su mirada.

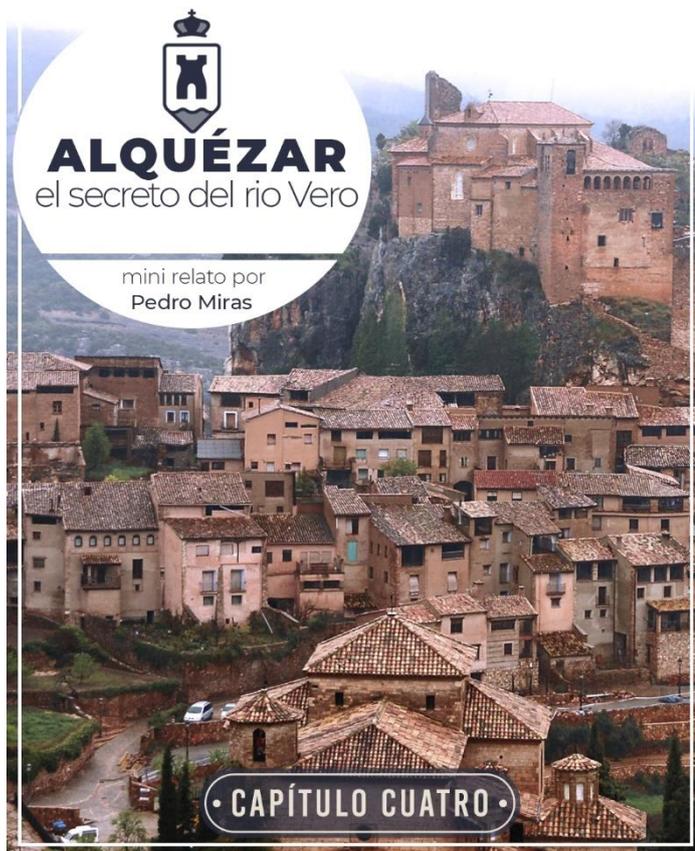
"El Sombrío de Alquézar," musitó Juan, sintiendo que los hilos del pasado se entrelazaban con el presente.

De repente, un gemido resonó desde las profundidades, como si un alma atrapada en la roca suplicara por su liberación. Ana tembló, pero no se

detuvo. Sus pasos la llevaron hasta una puerta metálica más moderna, un contraste perturbador con la antigüedad que la rodeaba. No estaba cerrada con llave.

Juan colocó una mano sobre la manivela. "Si cruzamos esta puerta, no habrá vuelta atrás."

Ana le miró, sus ojos brillando con determinación. "Nunca la hubo desde el momento en que llegamos aquí."



Los Olvidados

La verdad les aguardaba con un precio que aún no comprendían, y el abismo, hambriento, no perdona a los que descienden en busca de sus secretos.

El descenso fue largo, cada peldaño resonando como un latido profundo en el vientre de la montaña. La linterna de Ana proyectaba sombras alargadas sobre las paredes, donde grabados aún más antiguos que los de la entrada parecían retorcerse bajo la luz. Hombres y mujeres de rostros

angustiados, con las manos alzadas como si imploraran ayuda, y figuras deformes que danzaban a su alrededor en una grotesca celebración.

A mitad del descenso, Juan se detuvo en seco. "Mira esto."

En la pared izquierda, casi oculto por la oscuridad, un nombre había sido tallado con rudeza. "Gaspar Muñiz", leyó en voz alta, sintiendo cómo el aire se volvía más pesado.

La conexión era ineludible. Las desapariciones no eran accidentes, ni simples pérdidas en un paraje remoto. Estaban documentadas, catalogadas, parte de un patrón que ellos apenas empezaban a entender. Pero ¿qué propósito siniestro guiaba aquellas desapariciones?

Cuando llegaron al pie de la escalera, la luz de la linterna se expandió para revelar una gran sala subterránea. El techo se elevaba en una cúpula natural salpicada de estalactitas que goteaban con un ritmo lento y metódico. En el centro, un círculo de símbolos arcaicos estaba grabado en la piedra. Una figura humana yacía en su interior, inmóvil.

"¡Dios mío!" exclamó Ana, corriendo hacia el cuerpo.

Juan la sujetó del brazo antes de que pudiera cruzar la línea del grabado.
"Espera."

El cuerpo, un hombre de mediana edad, tenía los ojos abiertos de par en par, como si lo último que hubiera visto fuera demasiado terrible para comprenderlo. Un hilo de sangre seca recorría la comisura de sus labios. Pero lo más escalofriante era el símbolo marcado en su frente: una estrella de cinco puntas rodeada por un círculo de espinas.

"¿Es él...?" Ana apenas pudo pronunciar las palabras.

"Uno de los desaparecidos", confirmó Juan, con la voz quebrada por la incredulidad.

Antes de que pudieran decidir qué hacer, un sonido bajo y gutural comenzó a emanar del fondo de la sala. Una sombra se movió entre las columnas naturales de piedra, deslizando su forma imposible por las curvas del espacio y su voz resonó clara y fría como el filo de un cuchillo.

"Sabía que vendrías."

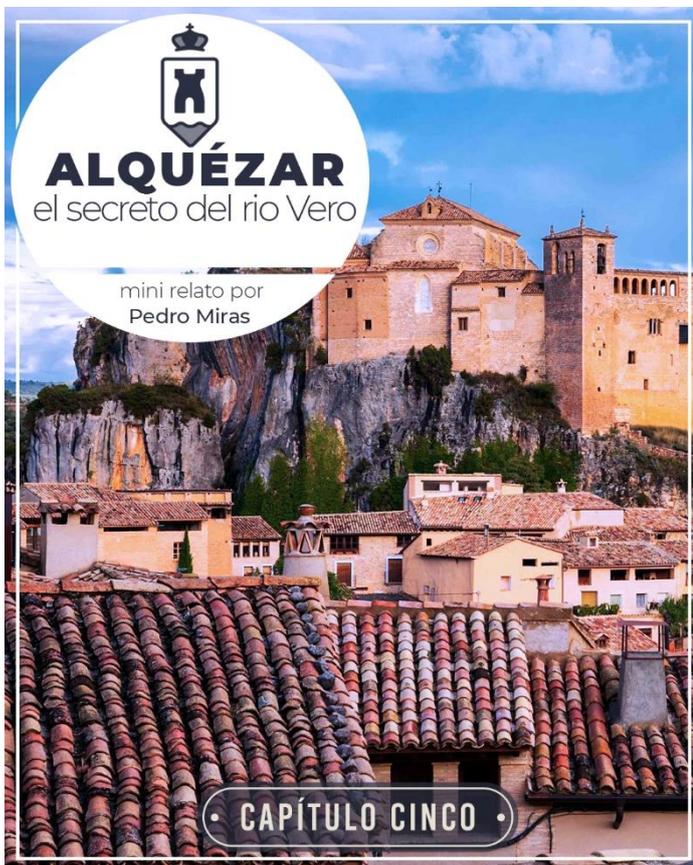
"¡Corre!" gritó Juan, tirando de Ana hacia la escalera.

La oscuridad pareció cobrar vida, como un río negro que se desbordaba para alcanzarles. Subieron de dos en dos los peldaños, sintiendo que el aire a su alrededor vibraba con una presencia antigua y malévol. La puerta que habían abierto seguía allí, pero algo más, una fuerza invisible, tiraba de ella para cerrarla.

Con un último empujón desesperado, cruzaron el umbral justo cuando la puerta se cerró tras ellos con un estruendo final. El silencio cayó sobre el bosque, tan denso como la niebla que empezaba a levantarse.

Se quedaron de pie, jadeando, las manos temblorosas y el corazón desbocado. Ana miró a Juan, y en sus ojos vio reflejada la misma verdad que ahora la habitaba: no había vuelta atrás. Alquézar ocultaba un horror profundo, una maldición viva, y ellos habían despertado algo que no descansaría hasta reclamar lo que consideraba suyo.

Ahora, el tiempo jugaba en su contra, y el destino del pueblo dependía de un secreto que aún debía revelarse.



Las Traiciones

La puerta había quedado atrás, pero la oscuridad aún los perseguía en forma de latidos apresurados y respiraciones irregulares. Ana y Juan regresaron al pueblo con el alma sacudida, el miedo adherido como una segunda piel. Alquézar, bajo la luz gris del amanecer, parecía dormitar en una calma engañosa. Solo ellos sabían que las sombras no descansaban.

Decidieron actuar con prudencia. Se dirigieron a la casa, cerraron puertas y ventanas, y comenzaron

a planear la huida. Juan, sentado junto a la mesa con los documentos que había reunido, leía con ojos febriles. Ana, aun temblando, dibujaba los símbolos que habían visto en la cueva. Sus manos se movían con precisión mecánica, pero su mente estaba en otro lugar, atrapada en la mirada del cadáver.

"Es un círculo de poder," murmuró Juan, con voz tensa. "Los sacrificios no son aleatorios. Los nombres grabados en las paredes son parte de un... ritual de renovación."

Ana lo miró fijamente. "Renovación de qué, Juan. ¿Qué están intentando conservar?"

Él alzó la mirada. "La vida. El poder del Sombrío, transmitido de generación en generación. Todos los desaparecidos han sido... ofrendas."

La puerta principal se estremeció con tres golpes secos. El sonido resonó como un presagio. Ana y Juan se miraron, el corazón deteniéndose un instante. Nadie tocaba la puerta a esa hora. Afuera, el silencio era absoluto.

"¡Juan, Ana!" La voz era de Doña Carmen. "Sé que estáis ahí. Abrid. Necesito hablar con vosotros."

Se miraron con sospecha. Juan se acercó con sigilo, miró por la rendija, y lo que vio le heló la sangre. Doña Carmen no estaba sola. A su lado, los vecinos se agrupaban en una multitud silenciosa: la señora Pilar, Pepe el camarero, incluso los niños. Todos miraban la casa con ojos vacíos, sin vida. Y detrás, como una sombra enmarcando el horror, se alzaba la figura del hombre del castillo.

Ana agarró a Juan del brazo. "¡La ventana de atrás!"

El tiempo se hizo un torbellino. Atravesaron la casa a toda prisa, abrieron la pequeña ventana que daba al callejón y saltaron al otro lado. Pisaron el suelo con fuerza, corrieron sin mirar atrás, sintiendo el peso de las miradas clavadas en sus nuca.

Las calles, ahora tan familiares, eran un laberinto hostil. Las puertas y ventanas estaban cerradas, pero detrás de cada una sentían la presencia de los vecinos, aliados en la oscuridad. Sabían que la salida del pueblo estaba vigilada.

"¡Por aquí!" Juan señaló un camino lateral que llevaba hacia los olivares.

El bosque se cerró a su alrededor, ramas arañándoles la piel mientras avanzaban. Oían pasos detrás, susurrantes como hojas secas. Las voces les seguían, murmurando palabras en un idioma antiguo, una letanía que envolvía sus pensamientos y les llenaba de terror.

Llegaron al borde del bosque, y ante ellos se alzó la silueta del cuartel de la Guardia Civil. Un último empujón, una carrera final que agotó hasta la última chispa de su fuerza. Golpearon la puerta con desesperación, y cuando se abrió, cayeron al suelo, jadeando y temblando.

"¡El pueblo... las desapariciones... están todos involucrados!" Juan apenas podía respirar mientras las palabras brotaban como torrentes

descontrolados. Ana lloraba, su cuerpo convulsionado por la adrenalina y el horror.

Los agentes, desconcertados, los ayudaron a entrar. Las sombras de Alquézar quedaron fuera, pero el eco de sus horrores seguía resonando en sus almas. La verdad, al fin, había salido a la luz, y el pacto de silencios y mentiras que había envuelto al pueblo en tinieblas comenzaba a desmoronarse.

..... todo parecía solucionado cuando el comandante de la guardia civil entra por la puerta, era, era... el señor del castillo.



Alquézar, el secreto del rio Vero por **Pedro Miras** tiene licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 International Liscence.